

ARTURO USLAR PIETRI: PREDICADOR LAICO (*)

R.J. Lovera De-Sola (**)

*Presentar a Arturo Uslar Pietri es presentar a muchos hombres,
porque nuestro huésped puede decir... soy amplio y contengo muchedumbres.
Jorge Luis Borges*

Son muchas, variadas y numerosas las reflexiones que trae a nuestra mente este coloquio hecho para celebrar otra vez los primeros cien años del nacimiento de Arturo Uslar Pietri, quien vio la luz en Caracas, el 16 de mayo de 1906, en la parroquia La Candelaria, entre las esquinas de Manduca a Romualda, número 102. Y falleció, también en Caracas, en la parroquia El Recreo, el 25 de febrero de 2001, a la edad de noventa y cuatro años, en su casa del número 49 de la avenida Los Pinos de La Florida. Vivió pues prácticamente todo el siglo XX, es un hombre de esa centuria como una vez lo subrayó el humanista Luis Beltrán Guerrero (1914-1997) en la séptima serie de sus *Candideces*, uno de los libros ejemplares de la venezolanidad (ed. 1972, pp. 7-10). Nunca se ha pronunciado, como esta tarde lo estamos haciendo, dicha con mayor sentido en nuestra lengua, la palabra elogio, la voz aclamación, el vocablo alabar, el término aprobar, para glosar, en rápidos trazos, lo hecho y lo escrito por una persona, egregia en el caso de aquel varón a quien celebramos ahora.

Figura cenital

Nuestra historia en el siglo XX, nuestras vivencias como sociedad no se pueden trazar sin la presencia de Uslar Pietri, sin referirse a él, sin consultarlo y sin citarlo. Es uno de nuestros imprescindibles.

*) Conferencia literaria en la UCAB (disertación) sobre Arturo Uslar Pietri y su obra.

(**)Escritor ensayista, crítico literario y bibliógrafo.

Difícil de clasificar

Arturo Uslar Pietri es un hombre difícil de clasificar, cuyo perfil no puede faltar en cualquier inventario que se haga de nuestro tiempo venezolano. Fue una personalidad múltiple: si se lee nuestra literatura nos encontramos con él; si examinamos nuestro proceso educativo nos topamos con él; si analizamos nuestra vida económica nos tropezamos con él; si queremos entender el significado del petróleo en nuestra vida contemporánea tenemos que leer las páginas que le dedicó; si miramos nuestra vida política su presencia es siempre singular, su personalidad como hombre de la política, como persona que llevó la cultura a la función pública es indispensable; cuando miramos a nuestros animadores culturales lo hallamos con su palabra en el periódico, en su columna dominical “Pizarrón” de *El Nacional* (1946-1998), nos encontramos con su voz a través de la televisión, especialmente en sus *Valores humanos*, pero también en *Cuéntame a Venezuela* y en *Raíces venezolanas*. Por ello no fue casual que fuera considerado, por Miguel Otero Silva (1908-1985), “el cerebro mejor organizado de nuestra generación”, la venezolana de 1928.

Fue en su larga vida, porque su salud fue siempre magnífica, pudo cruzar los noventa y cuatro años, el venezolano más importante del siglo XX, esto en virtud de sus múltiples actividades y a las diversas facetas de su obra escrita.

Hombre de letras

Fue especial la dedicación de Uslar Pietri a la literatura, faceta central en él, ya que fue el mayor escritor venezolano del siglo XX. Con su obra cultivó todos los géneros, en cada uno de ellos dejó su huella singular, fue por ello, además del valor intrínseco de sus creaciones, un polígrafo. Si durante el siglo XIX Juan Vicente González (1810-1866) fue considerado nuestro primer hombre de letras, en el siglo XX lo fue Uslar Pietri. Y lo es por los cuentos de *Barrabás y otros relatos*, *Red*, *Treinta hombres y sus sombras*, *Pasos y pasajeros* y *Los ganadores*, por las novelas *Las lanzas coloradas*, *El camino de El Dorado*, el díptico *El laberinto de la fortuna*, *Oficio de difuntos*, *La isla de Robinson* y *La visita del tiempo*, por la pieza de teatro *Chío Gil y las tejedoras*, por los ensayos de *Las nubes*, *Fantasmas de dos mundos* y *Godos, insurgentes y visionarios*,

por los poemas de *El hombre que voy siendo*, por la crítica literaria cultivada en *Letras y hombres de Venezuela*, por la prosa de viajes que encontramos en *Las visiones del camino* y *El globo de colores*. Por ello tiene razón Tomás Polanco Alcántara (1927-2002) al anotar: “No existe en nuestra historia literaria un personaje parecido que reúna semejante volumen, variedad y calidad en todo el conjunto de su obra literaria... Por muchos años los venezolanos se acostumbraron a ver cada semana su programa de televisión y leer el ‘Pizarrón’, del domingo respectivo. Se convirtió en una especie de Maestro de Venezuela, cuyas opiniones, aunque pudiera disentirse de ellas, eran esperadas y oídas con respeto”(Arturo Uslar Pietri, *biografía literaria*, ed. 2002, p. 181).

Un vigía

Arturo Uslar Pietri es una figura central, un vigía siempre en vigilia, hombre cenital, ecuménico (¿qué si no son los *Valores humanos?*), sin el cual no se puede entender a Venezuela y menos el país contemporáneo en cualesquiera de sus caras: fue el venezolano más singular del siglo XX, una personalidad que escapa a cualquier clasificación.

Siempre presente

En cualquiera de las áreas que se desee, la presencia del maestro Uslar Pietri está presente. Veamos el campo creativo: sus cuentos, cinco colecciones magistrales, en los que registra todo un modo de abordar la realidad propio de la literatura hispanoamericana; así también en la novela como lo encontramos en *Las lanzas coloradas*, *El Camino de El Dorado* o *La isla de Robinson* con penetrantes miradas a nuestros interrogantes básicos, los senderos de la dictadura en *Oficio de difuntos* o los rasguños de la actividad política en *Un retrato en la geografía* y *Estación de máscaras*. En sus cuentos y novelas es figura central de nuestra literatura. Fue crítico literario en su discurso *Venezuela y su literatura*; historiador de las ideas en *Una conciencia nacional*, lo vemos como avezado periodista(¿medio siglo “Pizarrón” no bastan?), político (*Materiales para la construcción de Venezuela* es uno de sus títulos cuando estuvo en la arena pública), economista(*Sumario de la economía venezolana* o *Petróleo de vida o muerte*), viajero cautivado por las mil visiones, siempre seducido por los milagros de la geografía (¿es que se puede cerrar la comprensión

de su obra sin mencionar *Tierra venezolana* o *El globo de colores?*), teatral (¿no es *Chúo Gil* uno de los dramas más universales de nuestro teatro?), televisiva (¿qué son *Raíces venezolanas* o *Cuéntame a Venezuela?*), educador como en *Educación para Venezuela*, historiador en *El hacer y deshacer de Venezuela*, crítico de arte en *Giotto y compañía*, incluso poeta en sus horas más calladas: ¿no son de antología su prosa poética “Escritura” y su poema “Aniversario” (de *El hombre que voy siendo*), ¿no es de honda hermosura su soliloquio poético el “Corro de las horas” (de *Manoa*)?

Predicador

Si algún pasaje de su obra es fundamental para entender a Uslar Pietri es este que encontramos en su ensayo “La prédica del país ideal” y en sus anexos “El país ideal y el país real” y “Una orden de predicadores” que están en su libro *Pizarrón* (ed.1955,p.86-97). Allí leemos “A todo lo largo de la historia de Venezuela hay como una voz que se alza continua y patética para advertir los riesgos de los tiempos y la necesidad de rectificar el rumbo del país...es una fría actitud de positivo pesimismo...para despertar conciencias, acicatear voluntades y pedir remedios... ese nunca roto hilo de la prédica del país ideal” (p. 86).

En todo momento Uslar, que fue el padre de la Venezuela contemporánea, habló. Y llamó la atención sobre las necesidades apremiantes que tenía el país, necesidades que podían ser bien satisfechas con una sana distribución de la riqueza petrolera, la cual dijo debía ser sembrada (*Petróleo de vida o muerte*, ed. 1996, pp. 49-62). Uslar puso su palabra adelante, dijo los males que la “ola del petróleo” estaba causando a la sociedad venezolana (*Oraciones para despertar*, ed. 1981, p. 180), observó cómo el oro negro se había transformado en corrupción y no en creación del progreso material, riqueza para mejor vivir; nos hizo ver qué lejos estábamos los venezolanos de la segunda mitad del siglo XX de la felicidad de vida para todos (febrero 15, 1819) pidió el Libertador en su *Discurso de Angostura* (en *Escritos del Libertador*, ed. 1982, t. XV, p.16).

Palabra adelante

En todos los aspectos relativos a la cosa pública la palabra de Uslar estuvo presente. Basta repararlos para comprenderlos.

La idea de la política

Y ello desde la misma idea de la política que está en su ensayo “Política para inocentes” en *Hacia el humanismo democrático*. Para él la política era un oficio, era el ejercicio de una vocación de servicio. Así la vio, así la ejerció, así la sufrió a partir del 18 de octubre de 1945 después de haberla practicado tal como la concebía en los nueve años anteriores, en los cuales actuó junto a los presidentes López Contreras y Medina Angarita en su modo creador de gobernar.

Por ello le dolió tanto la caída de Medina. Sufrió el exilio y hombre “atado al mástil del deber”, como él mismo confesó en la línea final de *El otoño en Europa* (ed. 1954, p. 86), logró atravesar el malestar de la desesperación y de la depresión que le produjo el exilio a él un venezolano tan arraigado, un hombre quien siempre fue desde lo nacional hacia lo universal. Pero allá en Nueva York meditó y escribió sobre el país y sobre la gravedad de la incidencia del petróleo en la vida venezolana, nos dejó las páginas angustiadas de su libro *De una a otra Venezuela*, cuya meditación está plenamente vigente en estas horas tan dolorosas que vive el país, minutos en los cuales nos consolamos pensando en nuestros grandes hombres y mujeres y en sus testimonios. En Uslar en particular. Y por eso hacemos en esta hora nuestras aquellos trazos del doctor Ramón J. Velásquez, escritos en plena tiranía perezjimista, “Eran días difíciles y como no se podía hablar de los vivos y sus luchas, se dialogaba sobre los muertos y en su mensaje” (*La caída del liberalismo amarillo*, ed. 1972, p. I). Más grave aún si tenemos en cuenta, en este momento, lo que significa en estos días el cierre de ese gran centro de la difusión del libro que fue la Librería Monte Ávila, en el teatro Teresa Carreño (mayo 8, 2007 a las 7:20 p.m.) la cual fue impulsada por años por dos de nuestros mejores libreros: Katina Henríquez Consalvi y Angel García. Y como si fuera poco, el cultoricidio prosiguió con la cancelación de la señal televisiva de Radio Caracas Televisión el domingo 27 de mayo de 2007, a las 12 p.m. Tenía RCTV al aire en ese minuto cincuenta y tres años, la siguieron pues al menos cuatro generaciones de venezolanos. No olvidemos que fue desde ese canal desde donde Uslar proyectó su cátedra hablada, su mensaje educativo a la nación, desde sus *Valores humanos*. Así que poner fin a las transmisiones de RCTV también es de alguna forma cancelar de un plumazo, y por obra de una venganza política, el gran magisterio de don Arturo, iniciado desde esas pantallas el 25 de noviembre de 1953 con una emisión en vivo, todavía no

había video tape ni grabaciones anticipadas, sobre Leonardo da Vinci (1452-1519). Aquí ha vuelto a aparecer el fantasma de Millán Astray entre nosotros, aquel que gritó “Abajo la inteligencia, viva la muerte”. A lo cual respondió don Miguel de Unamuno (1864-1936) aquel 12 de octubre de 1936, en el recinto rectoral de Salamanca “Este es el templo de la inteligencia. Y yo soy su sumo sacerdote. Estáis profanando su sagrado recinto. Venceréis porque tenéis sobrada fuerza bruta. Pero no convenceréis. Para convencer hay que persuadir. Y para persuadir necesitaríais algo que os falta: razón y derecho en la lucha. Me parece inútil el pedirnos que penséis en España” (Hugh Thomas: *La guerra civil española*. París: Ruedo Ibérico, 1967, p. 401; Emilio Salcedo: *Vida de don Miguel*. Salamanca: Anaya, 1970, p.413-417). Ello nos lleva a Uslar. Y por lo tanto reflexionando en Uslar y su hondo legado creador y político, buscando acuciosamente en qué forma esta “estación de máscaras”, que es como Uslar definió a Venezuela en una de sus novelas, va a encontrar nuevos días, instantes creadores, basado en todo lo que pensadores como Uslar nos dicen sobre nuestro pasado, sobre nuestro presente y nuestro porvenir. El futuro de Venezuela siempre será presidido por su figura luminosa.

Prudente

No podemos referirnos hoy al maestro Uslar sin invocar la palabra prudencia.

Un equivocado venezolano, bien inculto y poco leído, señaló hace poco que el problema fundamental de los pensadores venezolanos era que todos eran reaccionarios. Tan grave error de apreciación hacía mucho tiempo que no se expresaba. La verdad es totalmente opuesta y debe ser expuesta con algunos matices ahora que nos referimos a Uslar.

Primero porque varios de estos pensadores, los prudentes, a los cuales se refirió Uslar Pietri en página ejemplar de su obra, fueron revolucionarios convencidos como Miranda, el Libertador, el general Sucre e incluso el mensurado don Andrés Bello presente en el gran cambio operado en 1810, bien registrado por él en lo más hondo que expresó su alma: su poesía.

Segundo porque todos estos prudentes fueron intelectuales y expusieron sus planes como lo hace un buen pensador sedentario, como denominó Au-

gusto Mijares a la labor que con la pluma cumplió el Libertador durante su exilio en Jamaica en 1815 (*El Libertador*, ed. 1964, p. 289).

Otros fueron pensadores equilibrados, liberales todos, a los que encabeza Bello a quien no es posible entender si no se le observa como un hombre ponderado que conoció todas las tendencias políticas y sociales de su tiempo, quien dio la mejor lección de armonía en la creación de los nuevos estados latinoamericanos y en especial en Chile, a partir de 1829, al cual no sólo dotó de formas para su vida internacional sino también de su *Código Civil*. Para las reglas de nuestra lengua dictó para todos los hispanoamericanos su *Gramática de la lengua castellana para uso de los americanos*.

Es imposible hablar de Miranda sin darnos cuenta que fue un revolucionario, quien estuvo en la vanguardia en sus días en los Estados Unidos (1781), frente a los batallones de la República francesa en plena revolución (1789) como ante nuestros bisoños ejércitos republicanos (1812).

Y no se puede llamar “contrarrevolucionario” a Bolívar porque él encabezó la lucha, que fue una revolución, como bien nos lo mostró tantas veces J. L. Salcedo Bastardo (*Historia fundamental de Venezuela*, ed. 1970, p. 308), contra un imperio cuyo poder socavó de manera completa. Y lo que hubo después de él fue una reacción contra su política, pero no una contrarrevolución, como se ha escrito por manos singulares, sino el primer gobierno democrático que tuvimos (1830-1846) si bien censitario, el régimen deliberativo (Augusto Mijares: *La evolución política de Venezuela*, ed. 2004, pp. 103-124). Democracia plena, participativa, no tuvimos, como lo ha recalado Germán Carrera Damas (Antonio Sánchez García: “Mi confianza en la democracia venezolana es historicista, no político circunstancial”, *El Nacional*, Papel Literario: febrero 10, 2007), hasta el fin de la guerra Federal, desde el “Decreto de Garantías” (agosto 18, 1863) del general Juan Crisóstomo Falcón. Y democracia contemporánea desde la gran manifestación del 14 de febrero de 1936, causante del lanzamiento, siete días después, del “Plan de Febrero” (febrero 21, 1936) del general López Contreras, asunto bien estudiado por Manuel Caballero (*Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas: Monte Ávila Editores, 1998, p. 55-75). Y la revolución socialista, que tanto se propala, no existe. Cayó con el Muro de Berlín el 10 de noviembre de 1989. Así que la palabra revolución ya no tiene sentido ni vigencia. Sólo puede ser aceptado el vocablo, cambio, y éste en el sentido que le dio Augusto Mijares.

Al estudiar a Simón Rodríguez nuestro ensayista encontró esta observación de don Simón: “donde no hay proyecto no hay mérito”(citado en “El proyecto de América en *Lo afirmativo venezolano*, ed. 1980, p. 311). Así la alteración que requerimos para nosotros los venezolanos, como concluye Mijares, no puede ser sino una cosa: “Proyecto y no violencia; doctrina y no gesticulación y palabras” (“El proyecto de América” en *Lo afirmativo...*p. 349). Es decir: avance, corrección, comprensión del presente, nunca retroceso.

Es imposible referirse a personas como Simón Rodríguez sin pensar que fueron revolucionarios tanto en la acción como en el pensamiento, sus máximas están todavía en vigencia.

Esos pensadores, a los cuales hay que añadir otros como Cecilio Acosta o el propio Juan Vicente González, así haya sido el corifeo de los conservadores durante la guerra Federal y así haya cantado loas a la bala que acabó con la vida de Zamora. Ellos y otros muchos, como el sabio José María Vargas, pusieron las bases de la República liberal entre nosotros y ésta tendió su amplio arco hasta los días de la tiranía gomecista que fue una dictadura que se rigió por las leyes del liberalismo, como lo demostró Manuel Caballero en su *Gómez, tirano liberal* (1993).

Ellos, los liberales, y los pensadores positivistas después, y los hombres de la generación de 1928 y de 1936 trazaron las bases de lo que es Venezuela, su esencia y su identidad (ver Augusto Mijares: “Una generación de improvisados” en *Lo afirmativo...*, p. 157-163). Y no pueden ser llamados reaccionarios aquellos que cambiaron las bases y las instituciones de funcionamiento de la sociedad venezolana. Sociedad que ahora está en crisis, volviendo hacia atrás, pero que un día no lejano encontrará de nuevo sus cauces democráticos leyendo y aprendiendo de memoria otra vez lo que nuestros grandes pensadores vieron, observaron y nos enseñaron.

Y el mensaje de todos ellos está mas vivo ahora que nunca, viviente como están las máximas del nuevo liberalismo expuesto por grandes hombres de esta hora de globalización como fue el caso del letonio británico Isaiah Berlin (1909-1997) en sus *Cuatro ensayos sobre la libertad* (1969).

Dos ponderados

Otros dos moderados a quien siempre se citan juntos porque es imposible escindirlos fueron los maestros Uslar Pietri y Picón Salas. Uslar fue el polígrafo, el que se expresó a través de todos los géneros en nuestra literatura contemporánea, en cada uno dejó su huella imborrable. Por ello fue el primer escritor de nuestro siglo XX. Mariano Picón Salas fue nuestro mayor ensayista, siempre que escribió lo hizo como tal hasta en los momentos en que cultivó la ficción, como en *Viaje al amanecer* (1943), o las memorias, como en *Regreso de tres mundos* (1959) o en “Pequeña confesión a la sordina”, prólogo a sus *Obras selectas* (1953). Hoy podemos volver a leer los tres textos en el volumen *Autobiografías* (1987).

Escribimos sobre ellos ahora porque luego de releerlos, cosa que hacemos todos los años al volvernos a asomar a dos libros de cada uno, se nos imponen como creadores de primera línea. Ninguno de los dos pueden ser dejados de lado, en ambos, si bien descansa nuestra literatura también desde ellos se edifica lo que deberíamos denominar la “teoría de Venezuela” (Tomás Polanco Alcántara: *El reconocimiento de Venezuela por España*, ed. 1980, p. 16), es decir aquella serie de pensamientos que hay que tener en cuenta para encontrarle una marcha segura a Venezuela, una forma de edificarla para su porvenir. Cada uno lo expresó en forma específica. En el caso de Uslar está en muchos lugares de su obra como podría ser su ensayo *La prédica del país ideal* y en Picón Salas en su *Proceso del pensamiento venezolano*. En ambos están las máximas de lo que debería ser Venezuela, siempre dentro de los parámetros de la democracia y utilizando bien los bienes que el petróleo pueda traer a nuestra sociedad. Una radiografía sobre lo que ha sido Venezuela bajo el petróleo nos la dijo Uslar, en 1955, en *El petróleo en Venezuela (Cuarenta ensayos)*, ed. 1990, p. 33-55) el cual tiene total vigencia en la Venezuela distorsionada que vivimos. Lo que debe ser corregido para que la democracia sea un hecho esencial en nuestra forma de ser está allí. Y parece este de Uslar, que está en *Petróleo de vida o muerte* (ed. 1966, p. 11-48), escrito para esta hora, aunque fue redactado en los años cincuenta.

Pero las mismas máximas están en Picón Salas. En ambos brilla, como una lección presagiosa, el bello estilo en que están escritas sus páginas. Las de Uslar parecen estar inspiradas por Apolos por Dionisios las de Picón Salas. Pero en ambas ocurre el grave llamado a la prudencia, a inspirarse en

aquello que los grandes pensadores de nuestra patria han escrito para hacer posible la “construcción de Venezuela” que es frase de don Arturo. Don Mariano buscaba lo universal, que también hurgó Uslar, a través de las características de la historia de nuestra América Latina. Pero don Mariano quiso también, como el Uslar de *Valores humanos*, aprender todo aquello que nos enseña la experiencia europea. Y lo hizo desde sus *Preguntas a Europa* y más tarde en *Los malos salvajes*.

Buscar aquello que nos define fue vocación de ambos. En Uslar se expresó en sus múltiples estudios sobre el significado del mestizaje como en *La invención de la América mestiza* (1996). Picón Salas miró la memoria hispanoamericana desde muchos ángulos. Uno de ellos es el que encontramos en su nutrido libro, bellamente escrito, cada texto seguramente muchas veces corregido, *Crisis, cambio, tradición* (1955).

Escribió Uslar: A todo lo largo de la historia de Venezuela hay como una voz que se alza continua y patética para advertir los riesgos de los tiempos y la necesidad de rectificar el rumbo del país. No es una sola voz, pero sí es, en lo esencial, una sola prédica que pasa de boca en boca descendiendo por los sucesivos escalones de las generaciones” (“Pizarrón”, p.86). Y Picón Salas “Además de los libertadores hay algunos rostros que, frente a la gran tragedia y el azaroso vivir de la historia política venezolana, representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella” (*Comprensión de Venezuela*, ed. 1976, p. 115).

Tan imprescindibles son don Arturo y don Mariano, tan esenciales sus pensamientos e ideario, que cuando se pensó en otorgarles el Premio Nacional de Literatura el jurado no logró poder establecer cuál de los dos era el mejor. Y los que debían votar por tal reconocimiento eran nada menos que Augusto Mijares, Luis Yépez, Pedro Sotillo, Eduardo Arroyo Lameda y Pascual Venegas Filardo. Pero no lograron la unanimidad de criterio. Así entregaron la presea dividida entre ambos. Así, desde aquel lejano 1955, quedaron alzados los dos como cimas, como dos figuras esenciales, ninguno más alto que el otro. Uslar concursó en aquella hora con su modélica colección de ensayos *Las nubes* (1951), libro sin duda terminado en Nueva York para acercarse a Venezuela, como uno de los modos de paliar los dolores que sufría como desterrado, exilio al que había sido enviado por la llamada Revo-

lución de Octubre (octubre 18, 1945) para castigar los modos constructivos con los cuales aquel hombre singular se había desempeñado en la política. Por ello, el exilado continuó redactando aquellos hermosos textos, iniciados en la Caracas del medinismo, como lo comprobamos más abajo, estudios, concebidos con el filo de la pluma, de gustosa lectura aun hoy. *Las nubes* se pueden encontrar ahora en la edición de 1997. Picón Salas se presentó a aquel torneo con *Los días de Cipriano Castro* (1953), obra que sigue siendo aún hoy la mejor biografía dedicada a aquel caudillo. Se puede aún gustar de la excelencia de su estilo y lo precioso de su investigación gracias a su impresión de 1986. Pero *Los días de Cipriano Castro* fueron en aquellas horas de dictadura un alegato democrático, una censura contra la usurpación del poder. Así lo reconoció Juan Liscano (1915-2001) al escribir sobre ella que había sido una: “obra que so pretexto de investigación histórica, ponía al descubierto los vicios seculares de la tiranía caudillista” (*Tiempo desandado*, ed.1964, p.217).

Y eso que había gran admiración personal entre ambos. Tanta que Uslar consideraba que don Mariano era mejor que él. Sobre este punto platicábamos ante las cenizas inertes de don Arturo, ante una de las capillas del Cementerio del Este, el escritor Rafael Pineda y nosotros. Y ninguno pudo llegar a decir quien era el mejor de ambos. Tales ambas montañas de imaginaciones, ideas y servicios al país.

Tanto era el asombro que uno provocaba en el otro que cada uno expresó lo que el escribir del otro le sugería: don Mariano se detuvo en las paradojas que los tres nombres del caraqueño le sugerían: Arturo, Uslar y Pietri en penetrante página antológica que figuró como prólogo de *Las nubes*, cuando el libro por fin se editó en 1951, lo cual nos indica que don Arturo, hecho que escapó a su magnífico biógrafo, trabajaba en esos breves e inmensos ensayos antes de producirse la caída de Medina Angarita en 1945 (fecha que leemos al pie del escrito de Picón Salas). Los escribía antes de salir al destierro que le impuso esa mala costumbre nacional de enaltecer a los peores y perseguir a los mejores, la expresión de aquello que dijo Andrés Eloy Blanco que Venezuela era la nación a: “La que el hijo vil se le eterniza adentro/ y el hijo grande se le muere afuera” (“Canto a los hijos”, *Giraluna*, ed. 1956, p. 171). Uslar evidentemente en las horas de solaz que le dejaba la política en los años cuarenta se sentaba en su mesa de trabajo, y entre sus libros, e invocaba con aquella inteligencia desmensurada (“ser demasiado intelligen-

te” dice de él el merideño) que le atribuyó don Mariano en aquella hoja que luego fue a dar a la segunda edición ampliada de *Comprensión de Venezuela* (ed. 1987, pp. 311-315), cuya última impresión debemos a Guillermo Morón. Pero la muerte del emeritense conmovió tanto a don Arturo que confió en el escrito que le dedicó este párrafo que por hoy nos basta: “Ha muerto Mariano Picón Salas en plena y privilegiada madurez. Los años, los caminos, los encuentros, las lecturas, las reflexiones, toda esa lenta y honda formación neptuniana de la cultura viva, lo habían llevado a un grado de saber, sentir y comprender que lo convertían en una de las auténticas eminencias del pensamiento, de la expresión y de la enseñanza en nuestra lengua y en nuestro tiempo” (*En busca del Nuevo Mundo*, ed. 1969, p. 161).

El predicador laico

Como el mismo Uslar lo declaró una vez “Yo he tenido siempre la vocación irresistible de plantear cuestiones centrales... de mi país”. Así fue permanentemente su actividad como predicador laico, siempre lo fue. Incluso hasta su última hora, en aquellos años finales en que el país lo olvidó y no escuchó sus consejos.

Perteneció Uslar por esa vocación de predicar al país sobre el sendero que debía tomar a aquel grupo de hombres quienes, como escribió Picón Salas, fragmento que nos da gusto volver a citar, “representaron la previsión, la prudencia, la búsqueda de un pensamiento nacional afincado en la realidad de nuestra existencia histórica y servidor de ella” (*Comprensión...*, p. 115). Uslar fue uno de esos venezolanos inconformes como el mismo lo anota en su ensayo “La prédica del país ideal” (de su libro *Pizarrón*) de “fría actitud de positivo pesimismo”, quienes nos llaman la atención en torno a la forma desgraciada con que los venezolanos hemos hecho uso de nuestros recursos. Uslar, siguiendo al padre Aguado, el autor de la primera *Historia de Venezuela*, quien se refería, en 1575, a lo infeliz que era la vida del país. Pensamiento retomado, en 1723, por Oviedo y Baños cuando señalaba en su *Historia* que la tierra tenía todo para hacer felices a sus habitantes pero que faltaba aptitud para realizarlo. A esa familia de pensadores entre los que se cuentan Sanz, Bolívar, Bello, Roscio y García de Sena, Simón Rodríguez y Cecilio Acosta, Toro, Codazzi y Juan Vicente González, pertenece Uslar Pietri, cuyos escritos están sostenidos por una viga fundamental: la prédica del país ideal.

Por ello Uslar Pietri habló durante décadas en tono patético, alzó su voz para señalar que Venezuela tal y como estaba iba hacia la ruina y se podía convertir, como lo vaticinó Miranda, en “presa de los extranjeros, no es clase de propiedad extranjera, sino dominando ellos y nosotros haciendo los gastos como propietarios obligados a mantener productiva la finca” (*América Espera*, ed. 1982, p.485). Intentando “despertar conciencias, acicatear voluntades, pedir remedios”, en forma tácita, espontánea, estos varones de excepción invocan la necesidad de cambiar el país real, frente al cual se sienten inconformes. Por ello no les inquieta ser calificados de líricos e imprácticos por aquellos que se han acomodado a las cosas, a los que piensan que Venezuela siempre ha sido como es. Frente a éstos, durante cinco centurias, podemos seguir “ese nunca roto hilo de la prédica del país ideal”.

Uslar hizo eso. Señaló los problemas del país. Desde aquel momento en que “siendo muy joven y vivía en París” se dedicó a prepararse para servir a Venezuela. Había comprendido que al morir Gómez el país debía emprender otra ruta. Por eso no desaprovechó la ocasión y supo asomarse al mundo europeo. Por ello, una vez fallecido el anciano caudillo, pudo ingresar en la política, acompañar a López Contreras y a Medina en su modo creador de gobernar.

Desde 1936 escuchamos a Uslar llamando la atención sobre la necesidad de “sembrar el petróleo”(julio 14,1936); denunciando el gran festín en el que se ha tornado el país como consecuencia del oro negro. Uslar, a tiempo y des-tiempo, urgió a reformar el Estado, a cambiar el modelo educativo y diseñar el tipo de educación que necesita el país, a escoger entre ranchos y desarrollo.

Consciente del valor que tiene el hombre que usa la palabra, como en su relato *La pluma del Arcángel* (de *Los ganadores*, 1980), reflexionó, en *La isla de Robinson* (1981), en lo grave que es para los pueblos no escuchar la voz de los pensadores. De allí que en esa novela no sólo recree la vida de Simón Rodríguez sino que también intente descifrar el alma nacional.

El angustiado predicador laico discurrió también en torno a los problemas de la literatura. En ese campo, como lo anota Juan Liscano, su presencia ha sido tan singular que “ningún intelectual de su tiempo escapa a la influencia de sus apreciaciones estéticas, culturales y muchas veces sociales e históricas”(Panorama de la literatura venezolana actual, ed. 1973, p. 66).

En sucesivos momentos Uslar dejó su huella: cuando en 1928 introdujo la vanguardia; en 1934, al llamar la atención sobre la gran mutación producida en la literatura europea en el período de entre guerras; cuando en 1950, al inaugurar su cátedra de Literatura Venezolana en la Universidad Central de Venezuela, se interrogó en torno a si nuestras letras estaban en crisis, si eran representativas; cuando en 1958, al incorporarse a la Academia Venezolana de la Lengua, se preguntó si existía la literatura venezolana; cuando lo vimos plantear “el vasallaje de una parte de nuestra intelectualidad” (*Cua-renta...*, pp. 239-242) o argumentar sobre la validez de la crítica (*Cuarenta...*, p. 107-112).

Aunque Uslar nunca se consideró un historiador sino más bien “un venezolano consciente de vivir dentro de la historia, tejido en sus hilos, enfrentado a sus enigmas, atado a su curso y necesitado de entenderla para poder vivir y justificar la vida en forma más plena” (*Cuarenta...*, p. 91) en sus cavilaciones nuestra historia nunca estuvo ausente, a través de ellas quiso comprender esta “estación de máscaras” que es Venezuela, con esas palabras la definió este padre de la Venezuela contemporánea que fue Arturo Uslar Pietri.

Un final solitario

Uslar se movió siempre entre mucha gente y en la política entre multitudes que lo aclamaron, como se le ve en la novela *Gritando su agonía* de Argenis Rodríguez. Sin embargo, vivió en sus últimos años en aquella inmensa soledad en la cual lo encontró, en su casa y biblioteca de la avenida Los Pinos de La Florida, Milagros Socorro, cosa que ella misma registró en su crónica “Aquel amigo invisible” (*Criaturas verbales*, ed. 2000, p.1 85-188). Fueron pocos los que lo visitaban en aquellos tiempos, tan dolorosos para él por ver la desolación y disolución en la que había entrado el país. Y además solitario desde la muerte de su amada esposa Isabel Braun Kerdel y de todos sus amigos, esos que no se pueden sustituir. Claro, siempre estuvo la presencia de su querido hijo Federico (1944-2007), quien lo sobrevivió seis años porque también su hijo Arturo (1940-1990), el mayor, había fallecido en los años noventa, legándonos él también varios libros de los cuales cualquier lector se encantaría como es el caso de *Hasta 100 hombres*.

A veces en ese tiempo venían algunos periodistas, sobre todo de la televisión, como César Miguel Rondón.

Por la casa de Uslar, en esos años finales, sólo aparecían casi siempre

Eduardo Casanova, cuyo afecto indiscutido por Uslar databa de su adolescencia, de los días de la casa de Tanaguarena y siempre le fue fiel. Eduardo fue la muestra del vivo interés que Uslar siempre tuvo por los jóvenes de Venezuela, a quien estimuló mucho y a quienes colocó, como nos sucedió a nosotros cuando apenas teníamos veinticinco años, en lugares de servicio a la literatura y la historia que aquí se escribía. Para esos años finales ya Astrid Avendaño había escrito su vasto libro sobre el pensamiento político del maestro: *Arturo Uslar Pietri, entre la razón y la acción* (Caracas: Todtmann, 1996, 574 p.). También fue, para sostener largo diálogo con él, Rafael Arráiz Lucca, gracias a cuyos coloquios tenemos una larga entrevista con sus palabras postreras y su biografía. Nos referimos a *Ajuste de cuentas*. (Caracas: Ediciones de El Nacional, 2001. 101 p.) y a su *Arturo Uslar Pietri o la hipóbole del equilibrio* (Caracas: Fundación para la Cultura Urbana, 2005. 226 p.).

Una tarde Arraiz llevó a Juan Liscano allá y Uslar y él sostuvieron el último diálogo con muchas dificultades: el maestro veía muy mal y nuestro gran crítico y poeta no oía bien. Allí se dijeron adiós. A los pocos meses ambos habían muerto.

Allí sucumbió Arturo Uslar Pietri al comienzo de una noche, calladamente, después de haber platicado un rato con Miguel Angel Burelli Rivas.

Es y seguirá siendo siempre, como él mismo lo dijo el día que llegó a los ochenta años, “El viejo soldado de la esperanza que se declara presente” (*Cuarenta...*, p. 446).

El legado de la hora postrera

Pero ni siquiera en aquella hora última dejó de ser el predicador laico que siempre fue. Esto confió al grabador de Arráiz Lucca sobre nuestro presente como país, palabras dolorosas, desoladoras: “Yo no soy optimista, soy muy pesimista, es que uno no ve qué puede pasar en Venezuela. Desde el punto de vista del azar, pues puede pasar cualquier cosa, pero desde el punto de vista de un desarrollo más o menos lógico, no se ve, no hay propuesta para Venezuela. No hay partidos políticos, los aparentes dirigentes que hay son una gente de muy segundo orden, estamos muy corrompidos. No nos podemos comparar con otros países cercanos, con Colombia no nos podemos

comparar, ni con Perú mismo y no digamos con Argentina, Uruguay o el Brasil, que es esa inmensidad. Estoy muy angustiado con esto que está pasando con este país. Este es un momento muy malo, muy peligroso, hay mucho dinero, muchísimo dinero y no hay orientación. La educación es un desastre, la política espantosa, no hay debate, el país está sin rumbo, sin destino, sin clase dirigente, hay aventureros, pícaros, gente que tira la parada. Ahora hablamos de revolución, es muy curioso, la idea de revolución desapareció del mapa. En este momento no queda ningún poder revolucionario en el mundo, menos en Venezuela, claro, y Cuba. Lo trágico es el nivel de la gente que nos gobierna. Yo oía a Chávez el domingo, qué cantidad de disparates dijo y con qué autosuficiencia, con qué arrogancia. Éste es un país muy infortunado. Era muy difícil que aquí las cosas hubieran pasado de otra manera, porque éste fue siempre un país muy pobre y muy atrasado, aislado, lleno de inestabilidad, de golpes Estado, de eso que llaman revoluciones y, además, apareció esa riqueza inmensa del petróleo en manos del Estado, que provocó una distorsión total. Si alguien se atreviera a hacer un estudio sobre la idea de revolución en Venezuela, se vería lo que ha costado, lo que ha significado, lo que contiene, lo que expresa, es lamentable. Ya le digo, yo estoy en un estado de ánimo muy malo, no tengo esperanzas, estoy como en el infierno de Dante. Aquí no hay de dónde agarrarse, es lastimoso un país sin clase dirigente, aluvional, improvisado, improvisante, improvisador. Hay que ver lo que hubiera sido este país con esa montaña de recursos, si el gobierno hubiera tenido un poquito de sentido común. (*Ajuste...*, p. 48-49).

Esas fueron sus palabras finales, su legado a pensar por nosotros mismos, su testamento para buscar la dicha, el auge, la suerte, la bonanza y el equilibrio para todos los venezolanos.

Final

La lectura de los clásicos fue asunto caro a Arturo Uslar Pietri de allí la cita de Herodoto (480-420 a. C) que ahora hacemos, antes de él la había subrayado don Francisco de Miranda (1750-1816) en el ejemplar de la *Historia* de aquél que eéposeía en su biblioteca, en una edición en griego y latín, impresa en 1761 (Pedro Grases: *Obras*, ed. 1981, t. V, p. 17). La obra de Herodoto es conocida en nuestro tiempo como *Los nueve libros de la historia*.

Tanto el maestro Juan David García Bacca (*Lecturas de historia de la filosofía*, ed. 1972, p. 12) como ahora Juan Carlos Chirinos (*Miranda, el nómada sentimental*, ed. 2006, p. 252) la han citado. Se puede aplicar muy bien al maestro Uslar. Dijo Heredoto: “Al que pudo terminar bien y bellamente su vida digno es de que lo llames feliz; empero, antes de que la termine, retente de llamarlo feliz; llámalo bienaventurado”.

Arturo Uslar Pietri fue ambas cosas: dichoso por el árbol magnífico de lo que dejó escrito. Y afortunado por la forma de existencia que logró tener. ¡Loor a él y a todo ello en este atardecer en su ciudad amada, protegida por el gran cerro al cual tanto tributo le rindió en páginas de emocionadas vivencias! Amén.